



**Misa de inicio de Cuaresma con la Junta Mayor de
Cofradías, Hermandades y Mayordomías de Orihuela
Convento de Santa Ana de los Padres Franciscanos
Orihuela, 21 de febrero de 2021**

Del tiempo de Cuaresma, que nos conduce a la Semana Santa, a la Pascua, se ha dicho infinidad de definiciones. Personalmente deseo destacar dos; la primera, estando cerca, aún, del reciente Miércoles de Ceniza y en pleno primer domingo de este tiempo es: **La Cuaresma, una llamada a la conversión**: En el Miércoles de Ceniza, desde la Palabra de Dios, la Iglesia proclamaba la llamada a volver al Señor, nuestro Dios. Papa Francisco, en la homilía del mismo día (17-II-21), concluía así: “La cuaresma es un viaje de regreso a Dios”.

En el Evangelio de S. Marcos, que acabamos de escuchar, notamos que a dos verbos en indicativo siguen dos en imperativo: el anuncio de lo que Dios hace exige la correspondencia humana. Jesús –hemos oído- proclama la Buena Noticia, el tiempo de la promesa “ha cumplido el plazo” y “está cerca” el Reino, al que tendía toda la antigua Alianza: para acogerlo, para entrar en el Reino, es necesario “cambiar de mentalidad”, “convertirse”, y aceptar la lógica exigente y desconcertante de la fe, la adhesión amorosa y activa al designio de Dios; cambiar “el rumbo”, dejando el mal camino, el malgastar la vida, a veces cayendo muy bajo (como el Hijo Pródigo), y volver al padre, a casa, a nuestro ser hijos, a la vida, a Dios.

La segunda es: **La Cuaresma, una primavera espiritual**. Hace referencia al número cuarenta: Cuarenta años de Israel, de Egipto a la Tierra Prometida; cuarenta días de Moisés en el Sinaí; cuarenta días de Jesús en el desierto. Significa tiempo favorable de encuentro con Dios, un tiempo de gracia y de amor. Tiempo propicio para reconocer la voluntad de Dios en nuestra vida, de discernir y saber qué me pide Dios en esta etapa de mi vivir. Esto bien

se puede calificar de arranque, de “primavera espiritual”, ocasión para renacer y crecer en el espíritu, en su voluntad.

Todo crecimiento, comporta crisis, prueba: las tentaciones son pruebas que nos permiten decir sí a Dios, confiar en Él en medio de las dificultades y contrariedades; ser fieles al camino debido, a la vocación recibida. Ahí en la prueba, en la tentación, vencer es usar la libertad para ser fieles a Dios y decir sí a Él, cueste lo que cueste. Ahí está el amor a Dios y el amor que recibimos de Dios –su gracia- con el que podemos decir sí, serles fieles hasta el fin.

Se ha dicho con toda razón que hacerse hombre significa hacerse “pobre”; ¡como lo estamos comprobando –en cuento debilidad y vulnerabilidad- en la experiencia de pandemia que ha vuelto del revés nuestros planes y seguridades!; ser humano es no tener nada con que presentarse fuerte frente a Dios, ningún apoyo, ninguna fuerza o seguridad fuera del compromiso y el sacrificio del propio corazón, y esto fruto de la gracia.

De ahí que muchas de las vidas de los seres humanos parezcan una carrera para tapar esa pobreza radical de nuestro ser, tratando de revestirnos de dinero, de poder, fama, apariencia, nombre; de cubrir nuestra consustancial fragilidad y desnudez. De ahí que todo eso se torne en ídolos a los que nos encadenamos y servimos: ídolos frágiles, también, mentiras con las que parecer algo en la vida, con las que tapar nuestra humana desnudez. Por ello la tentación de Satanás, desde los comienzos, hizo y hace lo mismo, y siempre le reconocemos por las palabras: “Seréis como dioses” (Gen 3,5). Esta es la tentación de las tentaciones, con mil variaciones: la tentación contra la verdad de la naturaleza asignada al hombre. Y Jesús vence, recordando al Tentador la verdad, que sólo Dios es Dios; y cuál es la verdad, la autenticidad del ser humano. Y, por tanto, su libertad y felicidad para lo que ha sido creado.

De esta manera, nos recordaba esto Papa Francisco predicando el Evangelio de este domingo, “es necesario tener la valentía de rechazar todo lo que nos lleva fuera del camino, los falsos valores que nos engañan atrayendo nuestro egoísmo de forma sutil (...). Solamente Dios puede darnos la verdadera felicidad: es inútil que perdamos nuestro tiempo

buscándola en otro lugar, en las riquezas, en los placeres, en el poder, en la carrera...El Reino de Dios es la realización de todas nuestras aspiraciones, porque es, al mismo tiempo, salvación del hombre y gloria de Dios” (18-II-2018).

Para suplicar entender, y vivir, todo esto hemos acudido a celebrar esta Eucaristía junto a la imagen entrañable de Nuestro Padre Jesús. Para suplicarle vivir una Cuaresma de conversión, de vuelta a Dios, de renacimiento espiritual, de encuentro con Cristo, con Él, nuestro Salvador. Fijando nuestra mirada en su rostro, en el de Aquel que “sufrió su pasión, de una vez para siempre, por los pecados, el justo por los injustos, para conducirnos a Dios “(1Pe 3,18), como nos recuerda S. Pedro en la 2ª lectura de hoy. Para aprender de su rostro, su mirada de compasión, y su perenne lección de humildad. Humildad, que si somos capaces de aprenderla algo más en esta Cuaresma, nos dará la necesaria sabiduría para vencer las tentaciones y escapar de las recurrentes y consabidas trampas del enemigo de nuestra salvación y de nuestra felicidad.

Supliquemos, pues, la gracia de una Cuaresma para renovar la fe, la esperanza y la caridad, como nos pide Papa Francisco en su mensaje de este año. Año de pandemia, que limitará las manifestaciones externas, pero que puede ser oportunidad de vivir un tiempo cuaresmal y una Semana Santa en profundidad, para encontrarnos con el perdón de Dios, para lavar en la sangre de Cristo, en su amor, nuestra vida. Crucemos nuestra mirada con Nuestro Padre Jesús, dejemos que nos toque el corazón, es lo mejor que nos puede pasar. Un gracia que suplicamos por intercesión de Nuestra Señora de Monserrate, nuestra madre y patrona. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**

Obispo de Orihuela-Alicante